

POLITICA DE PARTIDOS
EN LA REPUBLICA FEDERAL ALEMANA
DE LOS AÑOS OCHENTA:
¿GIRO DE CIENTO OCHENTA GRADOS
O SOLAMENTE UN NUEVO GIRO?

Por ULRICH VON ALEMANN

I

«A Inglaterra no le gustan las coaliciones». Es la famosa frase de Disraeli que ha caracterizado durante más de un siglo al viejo sistema parlamentario británico, modelo arquetipo del bipartidismo. Pero la realidad ha mostrado que la anterior máxima ha sido desoída en numerosas ocasiones y no sólo en períodos bélicos. ¿Podría encontrarse en el mundo político, de hecho, un bipartidismo puro? Con la escisión en el Partido Laborista, el nuevo Partido Socialdemócrata (SDP), ha entrado en alianza con el viejo Partido Liberal. Ya no resulta inimaginable que se produzcan coaliciones en el futuro, sin embargo, el mito pervive. Mientras se mantenga el sistema electoral mayoritario y uninominal, con la consiguiente traducción en escaños en la Cámara de los Comunes, las coaliciones no resultarán fáciles en Gran Bretaña.

«A Alemania no le gustan los partidos políticos». Esta frase nunca fue pronunciada por el difunto contemporáneo de Disraeli, Otto von Bismarck, quien fue mucho más lejos al decir: «Un gran Estado no necesita ser gobernado por muchos partidos.» («*Ein grosser Staat regiert sich nicht nach Parteiensichten.*»)

Y Goethe escribió en cierta ocasión a Schiller: «Nada me resulta más odioso que las estupideces que dimanan de la parafernalia de los partidos.»

(«Die Fratze des Parteigeistes ist mir mehr zuwider als irgendeine andere Karikatur.»)

Hoy, sin embargo, y en consonancia con la Ley Fundamental de Bonn, el «Estado de Partidos» ha sabido encontrar su lugar en los libros de texto escolares, situación que contrasta con la de la República Weimar, cuya breve duración imposibilitó la amplia difusión de estos valores. Pero a pesar de ello, el mito antipartidístico permanece en la RFA y explica a la vez por qué dos partidos conservadores en la escena política, a partir de 1945, han preferido autodenominarse «Unión» en vez de «Partido». Idénticas razones han llevado a los nuevos movimientos ciudadanos y ecologistas a evitar ser etiquetados como partidos, optando por denominaciones como «Lista Alternativa» o «Los Verdes».

El ascenso de este «partido-anti-partido» (en neologismo acuñado por Petra Kelly), ¿estará anunciando una crisis profunda de la democracia alemana en los años ochenta? ¿Quedará la democracia de partidos aprisionada entre el rechazo genérico a los partidos de los viejos elementos conservadores y el reciente desencanto de la juventud con el sistema de partidos establecido? Mi visión de la situación alemana no alcanza esos tonos de dramatismo ya que entiendo que aún quedan alternativas realistas. Sintetizaré mis reflexiones formulando tres preguntas:

- 1.^a Con el inicio de la década de los ochenta, ¿nos aproximamos a una *crisis de la política*? ¿No estaremos experimentando algo más que un simple cambio de coalición, un auténtico giro de 180° en la política de partidos? Mi respuesta es sí. No sólo se ha originado un cambio en la composición de la coalición actual, en la que el Partido Liberal (FDP), asegura la continuidad gubernamental, sino que se producirá una mutación de más trascendencia en el equilibrio político, susceptible, a su vez, de favorecer la aparición de nuevas formaciones, así como de facilitar el reforzamiento de la oposición: el Partido Socialdemócrata (SPD) y «Los Verdes».
- 2.^a ¿Asistimos a una *crisis del sistema de partidos*? Creo que sí, pero esto resulta previsible y normal en un sistema de partidos cuando por crisis entendemos un incremento en la toma de decisiones. La crisis contemporánea de nuestro sistema de partidos no se resolverá en un colapso, siendo más probable que se induzcan cambios importantes. La inestabilidad gubernamental puede tener efectos revitalizadores y estimulantes en la formación de un nuevo sistema de partidos, lo que no tiene por qué perjudicar necesariamente a la democracia.

- 3.^a *¿Le acecha una crisis a la democracia de la República Federal en los años ochenta?* Quiero suponer que no, y lo digo a pesar de mis previsiones relativas a una depresión económica nacional e internacional de consecuencias graves. Solamente en el caso en que todos los partidos consolidados formasen un frente contra la alternativa ecologista podría preverse una situación que eclipsaría las revueltas estudiantiles de mayo del sesenta y ocho en la República Federal y en Francia.

II

LAS CUATRO PIEDRAS ANGULARES

En el período posbélico nos encontramos con cuatro piedras angulares que definen el paisaje político alemán. Estos principios fundamentales, que garantizaban la estabilidad del sistema de partidos, estaban relacionados con:

1. Temática constitucional; 2. Asuntos internos; 3. Asuntos extranjeros y defensa; 4. Asuntos económicos y sociales. Me gustaría hacer algún comentario sobre los puntos de acuerdo en cada una de las cuatro dimensiones anteriores. Luego, me ocuparé en detalles de la nueva situación de cada una de ellas en los años ochenta, dividiendo mis observaciones en dos partes: diagnóstico y previsión.

1. *El acuerdo constitucional básico*

La Constitución de 1949 surgió de un pacto alcanzado entre los distintos partidos. Bajo fortísima presión de los aliados se la consideró como «provisional». Lo cierto es que responde al grado en el que las fuerzas políticas de la República Federal Alemana (RFA) aceptaron a continuación la Ley Fundamental como base de trabajo. Los numerosos cambios, tanto grandes como pequeños, efectuados en la corta vida de la Constitución muestran su flexibilidad sin dejar de ser, al mismo tiempo, causa de preocupación respecto a su contenido. En efecto, casi todos estos cambios fortalecieron el centralismo y el Gobierno federal. Sin embargo, el *fórum* de 1949 se convirtió en una sólida «cámara» (J. Seifert).

El acuerdo constitucional básico continuará, en mi opinión, siendo estable entre los partidos políticos «establecidos» sin excepción. El *Staatsziel-*

bestimmung de la Ley Fundamental (en su art. 21), establece: *Die Bundesrepublik Deutschland ist ein demokratischer und sozialer Bundesstaat.*

El Estado social fue ya en 1949, la manzana de la discordia entre los partidos. De hecho el que el Estado social no pasaba de ser una declaración hueca fue subrayado en el período de la coalición social-liberal. El contenido y retórica del nuevo Gobierno conservador-liberal muestra meridianamente la fragilidad de este acuerdo «fundamental». Al menos, el FDP parece haber roto este pacto. En el caso de que los grupos políticos de la «Alternativa Ecológica» tuvieran éxito y se consolidaran en los parlamentos de los Estados y en el federal, creo que cabe esperar de ellos un alineamiento con los principios básicos de la Constitución, más que una polarización radical.

2. Asuntos internos: Pacto de demócratas. (*Gemeinsamkeit der Demokraten*)

La fórmula del *Gemeinsamkeit der Demokraten* no es sólo expresión de la consolidación de la solidaridad política, sino también, y en mayor medida un medio de exclusión de todo tipo de extremismo político. La cultura política de los años cincuenta se basaba en primer lugar en el anticomunismo, incluso los sindicatos y el SPD siguieron esta postura defensiva, en línea con el estado de opinión pública del momento y también como una reacción comprensible al estalinismo de la Europa del Este. Las resoluciones sobre extremismo político (las llamadas *Berufsverbote*) de los años setenta son producto tardío de una mal entendida «democracia militante» (*wehrhafte Demokratie*). La política de intercambio de favores de los partidos establecidos había condicionado el desarrollo de la política constitucional y cultural. Los medios de comunicación: radio, TV, se habían confabulado con los partidos. La actual «Alternativa Ecológica» está estrictamente excluida de esta «comunidad de demócratas». En relación con el «equilibrio» en el tratamiento por los medios de comunicación de los distintos grupos sociales, esta exclusión lleva a situaciones grotescamente embarazosas.

La comunidad de *Gemeinsamkeit der Demokraten* ha dejado de ser un mecanismo de defensa contra elementos extremistas que no quieren conformarse con el «orden básico democrático liberal» (FDGO). A los nuevos grupos de la «Alternativa Ecológica», previamente excluidos, empieza a considerárseles ahora como posibles aliados del SPD. Existen indicios de la disolución del pacto en áreas importantes de la política interna, por ejemplo, en lo relativo a la protección de los datos personales y de *Verfassungsschutz*, las razones de seguridad interna prevalecen sobre los derechos constitucio-

nales. (Sprager como secretario de estado del Ministerio del Interior.) Por lo que respecta a los medios de comunicación, el pacto desaparecerá por razones tecnológicas, por ejemplo, la TV por cable.

Solamente situaciones de crisis, muy poco frecuentes, que todavía no puedo preveer, prepararán el ambiente para otra gran coalición en los años ochenta. La presente campaña electoral se ha torcido más de lo usual; hay pruebas de tensiones importantes, como las acusaciones de traición dirigidas contra el FPD por el SPD, y que pueden parecer negativas aunque comprensibles. Geissler y Strauss tachando al SPD de estafadores, responsables de perversión cultural (*Kultur-entartung!*), quiebra gubernamental y hundimiento de la economía han contribuido a que en un futuro inmediato, los acuerdos sobre temas fundamentales continúen rotos.

3. Alianzas en defensa de la política exterior

En la mayor parte de las cuestiones de relaciones exteriores y defensa, los partidos iniciaron su andadura con profundos conflictos sobre las cuestiones del momento, aunque con el paso del tiempo, pudo observarse la tendencia a la adopción de posturas unificadas; no obstante, fue preciso un cierto período de tiempo para que la oposición alcanzase al gobierno en temas como: la *Westintegration* y el rearme de Adenauer, en la *Ostpolitik* de Brandt terminó por encontrarse siempre algún tipo de acuerdo. Los puntos de vista sobre algunos aspectos de la política interior están tan unificados, que podría hablarse perfectamente de una coalición de todos los partidos. Esto se observa, sobre todo, en los temas europeos, y en concreto, los relativos a la Comunidad Europea (CE), en especial los que tratan de algún tipo de unión europea, aspecto éste vehementemente debatido en Gran Bretaña o en Dinamarca. La falta de diferencias claras convirtió la última campaña electoral para el Parlamento Europeo en una especie de fiesta familiar, en vez de una confrontación. Los fondos que el Estado suministró para la campaña se los ahorraron los partidos para gastárselos más tarde en la siguiente y «auténtica» confrontación electoral.

El «mundo al revés» que contempló al socialdemócrata Helmut Schmidt, alimentando lazos de amistad con el liberal-conservador Giscard d'Estaing se ha trastocado, siendo ahora el Gobierno liberal-conservador alemán el que solicita del dirigente socialista francés, Mitterrand, serenidad respecto de las cuestiones nucleares, civiles y de defensa. En el momento presente, y según mis previsiones para los próximos dos años, el ciclo tradicional de pactos en relaciones internacionales, se desliza por una pendiente de conflicti-

vidad creciente. A pesar de la aceptación oficial de la poco controvertida *Ostpolitik*, por el nuevo Gobierno, políticos destacados como el ministro del Interior, Zimmermann, piden que toda referencia a las fronteras alemanas respete la situación de 1937. Este año verá la definición de la política de armamento. La eventual instalación de más *misiles* nucleares en la RFA, elevaría considerablemente la temperatura política del país. El SPD tenderá hacia fórmulas de desarme y consecuentemente a aproximarse y a trabajar con los movimientos pacifistas. Por otra parte, apenas existen diferencias entre la política atlántica del FDP y la del CDU/CSU (liberales y democristianos). En resumen, en política exterior y en defensa, aunque no hay exactamente giro de 180°, ni en el SPD, ni en la coalición CDU/CSU/FDP se observa, sin embargo, mayor divergencia entre los partidos.

4. *La coalición para el crecimiento (Wachstumskoalition)*

La política social y económica de las tres últimas décadas no sólo no ha sido el corolario de un acuerdo entre partidos, sino que se ha mantenido en precario equilibrio. El programa de *Godesberg* del SPD, instrumentalizado por el ministro de asuntos económicos Karl Schiller en la década de los sesenta solicitaba la maximización del mercado con la menor planificación posible, y tuvo como consecuencia una política fiscal general de corte keynesiano. Por su parte, el credo neoliberal del CDU/CSU, con Ludwig Erhard a la cabeza aparecía dulcificado con alguna medida práctica de «política del bienestar» *welfare politic*). Un hecho importante a resaltar fue la paz hecha con Keynes, por la gran coalición CDU/CSU y el SPD, siendo Strauss el ministro de Finanzas, y en la que el Plan de Planificación Global a Medio Término *Mifriji* (*Mittelfristige Finanzplanung*) fue integrado en las líneas de concertación económica básica. Los sindicatos ejercieron presión para conseguir una cuota de poder de decisión proporcional y los activistas del ala izquierda del SPD, hicieron un llamamiento para que se realizara una planificación estructural y de inversiones. Estas peticiones fueron parcialmente asumidas pero los acontecimientos discurrieron, en general, por otros derroteros.

Desde la época del *New Deal* y del régimen nazi la frase de oro era «pleno empleo»; garantizarlo a escala nacional ha sido la respuesta que tradicionalmente se ha dado contra las depresiones de magnitud mundial. Gracias a la introducción, tras la segunda guerra mundial, de los principios que sentaban las bases del Estado social y del bienestar, la idea del pleno empleo ha pasado a ocupar un lugar de privilegio en el acervo de los valores nacionales. En la actual sociedad del trabajo (*Arbeitsgesellschaft*), el mer-

cado de trabajo se ha erigido en la única autoridad distribuidora de los bienes básicos: *status* e ingresos. Es así como el mercado de trabajo —entendido como pleno empleo— se convierte en la base de la legitimidad del Estado, lo que resulta funcional sólo en condiciones muy dinámicas y flexibles. Una economía que, no sólo garantiza el pleno empleo, sino que, además sabe combinar la seguridad social con una mejora constante del nivel de vida, está condenada al crecimiento permanente. Crecimiento que no es sólo cuantitativo ya que aporta también cambios cualitativos. Para ello es la flexibilidad en la reconversión de viejas industrias en otras nuevas, incrementando el sector servicios que debería absorberlo todo. Durante mucho tiempo se creyó que este proceso de paso de los sectores primarios y secundario al terciario, podría continuar indefinidamente. Se creía que la innovación podría compensar los costes de la racionalización y la automatización, pero, al menos, desde la revolución de los micro-ordenadores, resulta difícil continuar instalado en tan optimista creencia.

La desenfrenada sociedad de promoción del crecimiento reunió en la RFA a todas las fuerzas sociales: conservadores, liberales y socialdemócratas, sindicatos y grandes empresas, clases medias y toda suerte de organizaciones sociales, iglesias incluidas, que también se beneficiaron de la subida de impuestos. Pero la sociedad del crecimiento ha tocado a su fin. Ni la política de mercado, ni la social pueden someterse ya a las políticas tradicionales de crecimiento de oferta y demanda, situación que pondrá en grave aprieto la fuerte alianza existente entre el SPD y los sindicatos. La fisura entre los partidos gobernantes en la actualidad y la oposición no ha sido tan grande desde la década de los cincuenta, de manera que no cabe esperar ninguna *entente cordiale* que posibilite algún tipo de concertación, sino que ni siquiera son previsibles fórmulas tendentes hacia un corporatismo o bipartidismo. La «Alternativa Ecologista», vista hasta ahora, únicamente como un movimiento pacifista y defensor del medio ambiente, empieza a presentar ideas nuevas para el futuro de la «sociedad del trabajo», que someterán a prueba la persistencia de los vínculos entre el SPD y los sindicatos.

Por otra parte, las similitudes entre el CDU y «Los Verdes», sobre nociones tales como descentralización, liberalización sectorial-estatal de la economía, reprivatización, *selfhelp*, o la sociedad del hágalo usted mismo, son enormemente superficiales. El movimiento de «Los Verdes» muestra cada vez más indicios o símbolos susceptibles de ser asumidos dentro de una dimensión política derecha-izquierda, modernizada. La alianza conservadora-liberal estará dispuesta a hacer concesiones a estos recientes movimientos dentro del mundo de la economía, no en el de una nueva dimensión política.

RESULTADOS PROVISIONALES

Me he interrogado hasta aquí sobre la crisis de la política de partidos en la Alemania de los años ochenta, contestándome que no asistimos a una continuación de las tendencias predominantes, sino que, por el contrario y en términos globales, se producirá un giro de 180° en la situación política reinante.

- La política constitucional será la menos afectada por este giro, aún cuando sus efectos sobre ella se dejarán sentir de modo creciente.
- Como consecuencia del endurecimiento de posiciones entre superpotencias, los asuntos exteriores y la política de defensa experimentarán las mayores divergencias en toda la historia de la RFA.
- El mundo económico y social exige una redefinición del factor trabajo como criterio fundamental en las valoraciones económicas. Preveo un distanciamiento entre el SPD y la coalición CDU/CSU/FDP y los sindicatos como un factor retardatorio, y veo a «Los Verdes» como una fuerza progresista.

III

La segunda, de las tres preguntas que me planteaba en la presentación, se dirigía no tanto al contenido como a la forma y dinámica de las actuales tensiones políticas en la RFA. ¿Asistimos a una crisis en el sistema de partidos de la capacidad mediadora y de agregación de intereses? Mi respuesta es afirmativa pero, como he indicado antes, las crisis de los sistemas de partidos no tienen por qué poner en peligro el régimen democrático. Las angustiosas miradas que algunos alemanes y observadores extranjeros están dirigiendo al año 1933 pueden contribuir a crear un clima de rigidez malsana.

R. J. Dalton en su última publicación caracterizaba al sistema alemán de partidos como situado «entre dos edades», señalando asimismo la nitidez con que presentan los síntomas de haber tocado fondo, aún cuando no proporciona los datos que a su juicio caracterizarían una tal situación. Por mi parte, considero que nuestro edulcorado sistema de partidos es susceptible de caracterizarse por tres notas: adaptación, generalización e institucionalización. Adopto la terminología de J. Raschke, cambiando, sin embargo, algunas de sus conjeturas.

Adaptación. Los partidos de la RFA se han adaptado mutuamente hasta extremos inverosímiles, reduciendo drásticamente sus diferencias. La cosmovisión de los partidos (*Weltanschauungsparteien*) de los primeros años de la RFA ha evolucionado, transformándose en complejas organizaciones con infraestructura, objetivos, programas, e incluso capacidad de coaligarse sorprendentemente similar a partidos populares, como se autodenominan, o «máquinas diversificadas» como se les ha bautizado, el hecho es que permanecen unidos por la *Gemeinssamkeit der Demokraten*, la Comunidad de Demócratas, que actúa como elemento disuasor y exclusor de eventuales competidores deseosos de entrar en el sistema. Este proceso de cambio no se ha hecho sin consecuencias importantes, así, en la izquierda trajo aparejada la segregación del movimiento obrero del SPD y en las viejas clases medias liberales y en los partidos conservadores de notables (*Honoratiorenparteien*) sus efectos no han sido menores, concretamente al CSU bábaro le ha transformado radicalmente en una «máquina de partido» de tipo moderno con masiva afiliación.

Generalización. Cuanto más profesionalizados y amplios son los partidos políticos, más se generaliza su función agregadora de intereses y con más vigor se desaconsejan, consecuentemente, el mantenimiento de círculos con sectores socio-culturales minoritarios. Este proceso de generalizaciones llega al extremo de que todos los partidos defienden idénticos valores fundamentales. Términos como libertad, justicia y solidaridad aparecen como principios básicos del SPD como del CDU. El principio de gobierno de las mayorías es la piedra de toque de la generalización. Las ventajas que se derivan es que parece sencillo, transparente, democrático y racionalmente calculable.

Las grandes organizaciones adaptadas de los partidos no son sólo un monopolio, de élites, de acuerdo con la ley de hierro de la oligarquía definida por Michels, sino que poseen, además, la capacidad de determinar cuáles son los deseos y las decisiones de la mayoría. Así, por ejemplo, las reglas que siguen las alianzas sociales en el mundo del trabajo, reflejan al mismo tiempo un dilema cada vez más agudo, de tal modo que las decisiones por mayoría no plantean problemas si asumimos que los valores fundamentales respectivos de (la) mayoría y minoría no difieren sustancialmente (*Claus Offe*). Sucede, sin embargo, que las actuales minorías en ascenso, los movimientos pacifistas y ecologistas, no están dispuestos a aceptar sin más, las decisiones impuestas por la mayoría, en temas que vulneran intereses considerados vitales y sobre los que procedería manifestarse puntualmente. La solución a este dilema está por vislumbrarse.

Institucionalización. Estructuras de mediación de intereses adaptadas y

generalizadas tienden hacia una mayor institucionalización. Los partidos de la RFA están institucionalizados en muy alto grado. La institucionalización en Alemania, implica un proceso de juridización (*Verrechtlichung*), legalismo y juridicismo alemán que hunde sus raíces en tradiciones predemocráticas. Ningún sistema político en el mundo mantiene a los partidos políticos en el interior de una red legal como el de la RFA, susceptible de estimular una mayor gubernamentalización (*Verstaatlichung*) de los partidos políticos. Los alemanes sienten fascinación por las situaciones claras, entes híbridos como necesariamente son los partidos, situados entre la sociedad y el Estado, no pueden permanecer durante mucho tiempo en la indefinición. El tratamiento juricista, si bien es verdad que reduce el margen de sorpresa proporcionando igualdad de trato, no es menos cierto que trae consigo dosis de torpeza y hostilidad ante la innovación. Los escándalos relativos a la financiación ilegal de los partidos muestran claramente hasta qué punto los partidos se han enredado en la maraña de sus propias normativas, contrariando los principios definidos por el Tribunal Constitucional Federal en cuanto a la financiación de los partidos. Deprime que ninguno de los partidos parlamentarios escape del escándalo, si bien es cierto que existen diversos grados de implicación. El más sospechoso de todos es el FDP, pero ningún partido está dispuesto a tirar de la manta organizando un *Watergate* en Bonn, susceptible de utilizarse como dardo arrojado en campaña electoral. Sólo la firmeza de la prensa garantiza la continuidad de las investigaciones. Una iniciativa, promovida colectivamente por tres grupos parlamentarios a fines de 1981, y que, bajo la tapadera de una ley de amnistía, se proponía archivar definitivamente el tema, consiguió ser parada sólo, en el último momento, por parlamentarios de SPD. Ni que decir tiene que los grupos ecologistas «Los Verdes» y de alternativa, al no recibir las salpicaduras de esta corrupción, se frotan las manos de júbilo con el tema. Sorprende que los partidos implicados se atrevan todavía a lamentarse dolidos y haciéndose los virtuosos de la indiferencia ciudadana respecto de la política.

Si existe una crisis de partidos, no es debida ni a la actual depresión económica ni al cambio de Gobierno. Los alemanes siempre han experimentado recelos hacia los partidos políticos, con sistemas de partidos en mutación constante. La diagnosis de la crisis en Alemania se remonta, por tanto, al pasado no inmediato. No obstante y excepción hecha de las breves frustraciones de algún grupo concreto, no existen pruebas de separación permanente entre partidos y ciudadanos, lo cual no es indicativo de que las cosas vayan bien. Sólo partiendo de ideas claras respecto del papel y funciones de los partidos, puede contemplarse la magnitud de la brecha abierta, sin

que ello haya implicado ni un bajón en la afiliación a partidos en los últimos años —la de los partidos conservadores incluso ha aumentado—, tampoco ha habido incremento del abstencionismo, ni las encuestas encuentran que la imagen de los partidos se haya deteriorado aunque, todo hay que decirlo, tal imagen nunca ha sido especialmente buena.

En sus estudios empíricos Max Kaase habla de una «revolución en la participación». Los resultados muestran que la creciente participación no convencional se ha hinchado a expensas de la tradicional: elecciones, cartas a parlamentarios, etc. Los problemas de movilización son corrientes para los partidos liberales de izquierda y socialistas de toda Europa. SPD en la RFA sigue siendo un partido amplio, con elementos heterogéneos, originador de contradicciones en su seno, pero a la vez, integrador de las mismas. Estos partidos experimentan crisis por *inclusión* o *agregación*. Más dificultad tienen los partidos representantes de las clases medias y los conservadores para zafarse de las consecuencias de las crisis ya que resuelven sus problemas por la vía de la *exclusión* o *segregación*. Los éxitos movilizados y de politización obtenidos por estos partidos no cabe cifrarlos sólo en los fracasos y mutaciones sufridas por los demás partidos, ni siquiera del último cambio gubernamental. Hacen más que sacar partido de las crisis, consiguen articular identidades como la CSU, que tan elocuentemente demuestra saber hacer en Bavaria; se trata de una política que combina intereses neoconservadores, con un reclamo neopopulista capaz de cimentar alianzas de sorprendente duración.

IV

A mis dos primeras preguntas sobre el panorama en la década de los ochenta, relativo al cambio en la política de partidos y a la crisis del sistema de partidos en la RFA, he respondido afirmativamente. Por lo que se refiere a mi tercera interrogante, sobre la crisis general de la democracia, mi respuesta es: No.

J. Raschke ha sostenido recientemente que el sistema de partidos de masa modernos, que en la RFA llamamos partidos populares, ha tocado su techo de eficacia y ello debido a:

- Aceptación acrítica de lo impuesto desde arriba, lo que impide una transformación dinámica.
- Exceso de generalidad que impide una adecuada representación de los intereses sociales.
- Exceso de institucionalización que aliena a los ciudadanos de sus genuinas necesidades de participación.

— Sobrecarga, debido a la incompetencia de los partidos, para atender las crecientes demandas que ellos mismos han estimulado.

De tal modo que, según Raschke, los partidos establecidos son incapaces de enfrentarse con los tres retos siguientes que les aguardan:

1. El *cambio en la ubicación de las áreas problema* y que confronta a los partidos con tareas irresolubles en los ámbitos tecnológico, ecológico, armamentista y de desempleo estructural.
2. El *cambio de valores* que ha devaluado las necesidades materiales, poniendo el acento en valores de orden postmaterialista y cualitativo.
3. El *cambio de competencia* o aptitud, que lleva a un cada vez mayor grado de participación y expectativas, con un repertorio de actividades enormemente ampliado.

Las tendencias y problemas descritos por Raschke merecen ser tomados muy en serio. Representan un reto a la política alemana de la década de los ochenta. No comparto, sin embargo, la diagnosis de Raschke cuando el reconocimiento de la línea de fractura neta que se produce en la actualidad le lleva a vaticinar el fin de la democracia de partidos establecida. La crisis de la década de los setenta en la RFA, ha causado tal impacto, en el electorado, que a pesar de las dificultades (monopolio de los medios de comunicación y cláusula del 5 por 100), un nuevo partido ha conseguido acceder a los parlamentos de los Estados. Desarrollo difícilmente previsto hace poco por los científicos sociales.

La crisis de los ochenta presentará, a su vez, efectos contradictorios anónimos, alienantes y desencadenantes de agresión. Gran Bretaña ha tenido en este sentido más experiencias recientes que nosotros mismos. Pero el alcance de la crisis será distinto si la comparamos con la depresión económica mundial del comienzo de los años treinta, como distintos serán también sus efectos. Diferente, en todo caso, a lo que estamos habituados a ver en donde todo gira en torno al trabajo (*work society*). En el caso hipotético de que todas las variables adversas operasen puntualmente: edad, región, rama de actividad, educación, sexo, nacionalidad y sanidad, sus efectos resultarían devastadores para la persona afectada. No obstante, en sociedades altamente diversificadas, cabe prever que afecte tan sólo a los individuos en algunos de sus roles, por lo que las crisis se resolverán a partir de comportamientos y respuestas individuales y diferenciados. Diversidad y contradicción parecen ser los rasgos definitorios de la actual situación de *crisis global* en la que se encuentra la *work society*.

Las crisis no sólo son precursoras de la destrucción, sino también situaciones de riesgo, que exigen la toma urgente de decisiones. La multiplicidad de los riesgos, el entrecruzamiento de las crisis puede, por otra parte, revitalizar la percepción, organización y convergencia de intereses. La cuestión no se resuelve por un simple relevo o sustitución de una vieja por una nueva política. Cambiará la estructura de alianzas, produciéndose una gran dinámica de coaliciones sociopolíticas en el interior de las grandes organizaciones. El «congelado» sistema de partidos, basado en las viejas líneas de fractura se derretirá un poco pero sin llegar a fundirse del todo, porque al otoño seguirá siempre el invierno.

Ronald Inglehart, tras analizar y argumentar sistemáticamente la tesis de la «revolución silenciosa», se refiere en su último artículo en vía de publicación, de la ambigüedad de resultados con que nos encontramos. Si el eje derecha-izquierda es reemplazado por una nueva dimensión materialismo-postmaterialismo, esta nueva línea de fractura entrecruzada tendería a producir un realineamiento general con el probable surgimiento de una nueva síntesis, en otras palabras, se iría hacia una política de nuevas alianzas.

A la «Alternativa Verde» le preocupa el futuro de los trabajadores ya que, algunos de sus representantes saben que la presión de una crisis económica profunda puede acallar los gritos de protesta de los grupos ecologistas y pacifistas. Por su parte, el SPD y los sindicatos están prestando una creciente atención a estos movimientos y no sólo por razones electorales o de táctica organizativa, sino porque saben que las respuestas tradicionales a la crisis de la *work society* ya no son válidas. El CDU/CSU y el FDP tienen todavía un largo trecho que recorrer, sus éxitos a corto plazo probablemente les dificultarán plantearse preguntas con objetivos a más largo plazo.

Tengo la plena convicción de que la democracia en la RFA está en una crisis profunda. Pero las hipótesis relativas a la sobrecarga (*overload*) e ingobernabilidad están más cercanas al mito y a la ideología que a la realidad. Si contemplamos los problemas actuales en detalle, no podemos menos que sorprendernos de la gran gobernabilidad presente de la RFA. Sólo veo un peligro: el de la coalición de todos los partidos establecidos con el fin de excluir a los nuevos grupos. A ello le seguiría el cuestionamiento del modelo de financiación al descorrerse la cortina que oculta el escándalo. Se enduciría el sistema en tan alto grado que los movimientos pacifistas y ecologistas estarían legitimados para proceder con la dureza y radicalidad con que juzgasen oportuno, lo que traería como consecuencia una aguda polarización de la sociedad alemana.

(Traducción de César Díaz López)